

FOLIOS

Revista Folios

ISSN: 0123-4870

revista_folios@pedagogica.edu.co

Universidad Pedagógica Nacional

Colombia

Herrera Restrepo, Daniel

¿Qué significa ser filósofo?

Revista Folios, núm. 22, julio-diciembre, 2005, pp. 5-10

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=345955979001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Qué significa ser filósofo?

What does it mean to be a philosopher?

Resumen. Después de una breve reseña histórica acerca de lo que es la filosofía, el texto ofrece algunos elementos para responder a la pregunta ¿Qué significa ser filósofo?, haciendo énfasis en su función de educador y su contribución al proyecto de autoliberación y autorrealización humanas.

Palabras clave: enseñanza de la filosofía, autoliberación, maestro.

Summary. After a brief historical review about what philosophy is, this text offer some elements for answering the question What does it mean to be a philosopher? With particular emphasis on his function as teacher and his contribution in the project of human self-liberation and self-realization.

Key words: philosophy education, self-liberation, master.

Este interrogante sólo puede tener una respuesta si previamente se ha explicitado qué se entiende por filosofía, por qué la filosofía tiene una razón de ser, para qué sirve la filosofía, cómo se accede al filosofar. Añadamos que, desde nuestro contexto, estas preguntas deben tener una respuesta desde el enfoque socio-cultural y desde el enfoque universitario.

I

¿Qué es, por qué y para qué es la filosofía?

En primer lugar, para responder a estos interrogantes se puede pensar en Sócrates, maestro de Platón y Aristóteles, pilares del filosofar occidental. En su pensamiento y en su vida se encuentran los

rasgos fundamentales que definen la filosofía y el filosofar.

Para Sócrates la filosofía es un pensar que se interroga por el ser del hombre –“Conócete a ti mismo”–, por lo que es posible saber –“yo sólo sé que nada sé”–, y por su posición dentro de la sociedad y frente a la realidad. Pero no se trata de un saber por el saber mismo, sino de un saber para que el hombre y la sociedad puedan llegar a ser más plenamente y para que la realidad pueda llegar a ser vista y transformada en función de lo que le es lícito ser al hombre y a la sociedad.

En segundo lugar, Sócrates consideró que este saber debería ser un saber crítico, crítico frente a su pretendido saber y crítico frente a sus contemporáneos –los sofistas– que se consideraban depositarios del verdadero saber y de los intereses verdaderos de su sociedad.

* Profesor del Doctorado en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional. danielherrera@etb.net.co

En tercer lugar, este maestro consideró que el filosofar responde a una vocación –¡un espíritu interior lo impulsaba!–. Por esto, cuando le pidieron que dejara de filosofar para poder seguir viviendo, prefirió tomar la cicuta que lo condenaba a la muerte.

Finalmente, Sócrates consideró que la filosofía no era cuestión de buena voluntad, sino que ella implicaba una determinada metodología. Fue él quien dio los primeros pasos metodológicos del saber, al preocuparse por delimitar los conceptos y la definición de algo, por un parte y, por otra, al formular los primeros principios metodológicos de la inducción y de la dialéctica como caminos para comprender ese algo.

Querer saber, querer poseer un verdadero saber sobre el hombre y la ciudad, en definitiva, sobre sí mismo; entender este saber como un saber crítico y operativo; hacerlo con afán de servicio, con desprendimiento y libertad; poner en ello la vida hasta las últimas consecuencias; hacerlo de una manera técnica que no rehuye el trabajo intelectual. Estas fueron algunas de las características del pensamiento y de la vida de Sócrates quien, de esta forma, se constituyó en la conciencia crítica de su sociedad.

Sin filosofía, según Sócrates, ni el hombre, ni la sociedad pueden conocerse a sí mismos y, por lo mismo, descubrirse como seres cuyo ser es un tener que llegar a ser, lo que implica formular utopías, normas ideales de existencia individual y colectiva. Por esto la filosofía era algo necesario.

Añadamos que Platón y Aristóteles fueron lo que fueron porque tuvieron a Sócrates como maestro que los inquietó con los problemas fundamentales de la existencia humana y los condujo metodológicamente por el buen camino para responder a dichos problemas.

El pensamiento y la vida de Sócrates han sido la savia que ha alimentado todo el filosofar de Occidente. De acuerdo con el devenir histórico, todos los filósofos han seguido las huellas del maestro.

Aristóteles hizo las primeras precisiones. Filósofo es aquel que realiza en su práctica la unidad de *Episteme* y *Nous*, es decir, aquel capacitado para demostrar la necesidad interna de lo que no puede ser de otra manera (*Episteme*) a partir de los principios últimos que fundamentan dicha necesidad (*Nous*). Según esto, el quehacer filosófico pretende elaborar un discurso lógico, sistemático y totalizante sobre la realidad misma del hombre y de la realidad.

Al elaborar su propio discurso, Aristóteles llegó, entre otras conclusiones, a algunas que interesan para el presente escrito.

La filosofía puede ser definida como el estudio de Dios. Si su objeto primordial es el estudio del ser, ella puede ser definida a partir del primer ser, aquel que fundamente a todos los otros seres: Dios.

Al reflexionar sobre el hombre, Aristóteles lo definió primeramente como animal político (*zoom politikon*), como un ser intersubjetivo, partícipe de un mundo común; su acción debe estar orientada por normas ideales que le permitan un *buen vivir*, cosa que sólo le es posible participando activamente en la vida de la *polis*. La política no es, por consiguiente, un medio sino un fin: define la relación social en la que los hombres se reconocen a sí mismos como sujetos de un proyecto comunitario.

El hombre es, igualmente, un animal racional (*zoom logon eklon*), el ser capaz de un *decir argumentado*. En su actividad política, el hombre debe actuar utilizando una argumentación responsable para el logro de un consenso y no simplemente recurriendo a la argucia, a la violencia o a la mentira.

El hombre es, finalmente, un ser ético. Gracias a su ser racional puede imprimirle a su vida un *ethos*, es decir, una determinada forma a partir de una perspectiva teleológica, a partir de aquello que se quiere llegar a ser.

De acuerdo con lo anterior, para Aristóteles lo argumentativo, lo político y lo ético están íntimamente entrelazados.

Muchos siglos después de Aristóteles, en el mundo moderno, Kant expresó la problemática de Sócrates con sus tres interrogantes: “¿qué puedo yo saber?”, “¿qué debo yo hacer?”, “¿qué me es lícito esperar?”. Interrogantes que, finalmente, redujo a uno solo: “¿qué es el hombre?”.

Al responder a estos interrogantes, Kant instauró un nuevo paradigma filosófico: el filósofo no pronuncia discursos sobre la realidad, sino sobre los discursos –orales y gestuales– que el hombre a través de su praxis lleva a cabo sobre y frente a la realidad. Su obra crítica, de acuerdo con la exigencia socrática, se orientó hacia el análisis de las condiciones de posibilidad y de validez del conocimiento científico, hacia el análisis y fundamentación del deber moral, de la libertad, de la dignidad de la persona, de los derechos humanos y de la religión “dentro de los límites de la razón”.

La ruptura epistemológica de Kant se ha ampliado. Hoy en día la filosofía es definida como un discurso crítico, sistemático y prospectivo, no sobre la realidad en sí misma, sino sobre las diversas praxis humanas frente y a partir de la realidad: praxis económicas, estéticas, científicas..., religiosas, políticas, jurídicas, las que han dado origen a filosofías especializadas: filosofía de las ciencias, del arte, del lenguaje..., filosofía de la religión, filosofía política.

Lo anterior significa que a nivel social y cultural la filosofía es una exigencia del ser del hombre, considerado individual y socialmente como condición de posibilidad de una realización más plena tanto de la persona como de la sociedad.

Esto explica por qué la filosofía ha sido una actividad ininterrumpida en la historia humana. El hecho de su existencia histórica es suficiente como para no precisar de una justificación radical: sin la filosofía, ni el hombre, ni la sociedad pueden llegar a conocerse a sí mismos ni a realizarse como deberían. Ciertamente no basta la filosofía, pero sin ella la sociedad perdería una de las grandes posibilidades de saberse y de realizarse más ple-

namente. Es ella la que ofrece los marcos teóricos y los esquemas conceptuales que permiten hacer inteligibles la realidad humana y sus diversas prácticas en sus orígenes (intencionalidades de la conciencia individual y colectiva), y en sus resultados (significación de los productos de la praxis) para unificarlas en totalidades dotadas de significación y coherencia lógica.

Así mismo ella, contribuye a la autoliberación y autorrealización humanas: a través del pensar y de la praxis el hombre conquista su ser y su libertad. Cuando los productos de esta praxis, por ejemplo el Estado o la Política, adquieren una autonomía que en sí misma no poseen, como ha ocurrido en los diversos fascismos a lo largo de la historia, dichos productos en lugar de contribuir a la realización del ser personal, social e histórico, se convierten en nuevos absolutos que nos condicionan, alienan y esclavizan, aun más de lo que estábamos antes. En este sentido el filósofo está llamado a ser la conciencia crítica de la sociedad.

Finalmente se debe añadir que la filosofía, gracias a su reflexión crítica y sistemática, no sólo tiene por objeto expresar a nivel conceptual la realidad, sino también el proyectar modelos operativos que posibiliten la transformación de la realidad. Esto se puede comprobar de una manera muy palpable en la reflexión filosófica sobre la praxis política. Todo aquello por lo que se lucha hoy en día en términos políticos: democracia, derechos humanos, reformas constitucionales, etc., es fruto de la reflexión filosófica de pensadores del pasado.

II

Filosofía y universidad

Desde el punto de vista de la razón de ser de la universidad, debe justificarse un programa en el que la filosofía está en su fundamento.

Se ha mencionado cómo para Sócrates la filosofía no era sólo cuestión de buena voluntad. Ella exige el dominio de ciertas técnicas y el desarrollo de ciertos hábitos mentales. Citemos tan sólo el

dominio de los procesos implicados por el razonamiento: inducción, deducción, análisis y síntesis; o los relacionados con la comprensión: clasificación, sistematización, simbolización y verbalización; o, finalmente, los que presuponen la solución de problemas: transferencia y relación.

En este sentido, Kant pudo decir que “no se aprende filosofía sino a filosofar”.

Se deben mencionar de manera especial los procesos correspondientes a la información. Desde el punto de vista de la filosofía, estos procesos son indispensables para el contacto con los textos clásicos, contacto que posibilita de una manera viva y directa la experiencia del filosofar. Sólo así el estudiante aprende a situarse frente a los problemas concretos que definen su presente, pues la enseñanza de la filosofía no es la simple transmisión de una serie de contenidos, sino la puesta en marcha de la propia capacidad de pensar bajo la tutela de quienes realmente lo han hecho. Entre la filosofía y su enseñanza se da una relación esencial. Esta identidad es lo que ha motivado el justo aprecio que se tiene por la educación filosófica como el instrumento óptimo para desarrollar los procesos cognoscitivos y para que no sean pocos los pensadores que consideren a la misma filosofía como una teoría general de la educación.

Pero todo lo anterior implica una formación y una educación. Así lo comprendieron Platón y Aristóteles al fundar su Academia —el primero— y su Liceo —el segundo—, y al dedicar buena parte de sus esfuerzos para definir las leyes de un pensar lógico y los principios y métodos del saber. Así lo comprendieron ellos, finalmente, al recoger el pensamiento de la tradición histórica de Grecia para someterla a una verdadera crítica.

La importancia de la filosofía a nivel universitario fue proclamada desde el mismo momento de la creación de la primera universidad, la Universidad de París, al obligar a todos los estudiantes de las diversas Facultades a seguir los cursos de la entonces llamada Facultad de Artes.

Esta importancia continúa siendo afirmada a nivel universal. A nivel colombiano se debe mencionar cómo en las discusiones previas a la nueva ley que rige la educación superior, se dio el consenso de que una verdadera universidad debería contar con una Facultad de Ciencias Naturales y una Facultad de Ciencias Humanas.

De aquí que la Ley 30 de 1992, en su artículo 7º afirme expresamente que dos de los seis “campos de acción” de la educación superior son la Filosofía y las Humanidades.

Citemos de esta Ley otros dos artículos —que se refieren al presente proyecto y que respaldan afirmaciones ya hechas—: el Art. 1º define a la educación superior como un “proceso permanente que posibilita el desarrollo de las potencialidades del ser humano de una manera integral”. El Art. 6º, que define los objetivos de la educación superior, señala entre otros: “Trabajar por la creación, el desarrollo y la transmisión del conocimiento en todas sus formas y expresiones, y promover su utilización en todos los campos para solucionar las necesidades del país” y “Ser factor de desarrollo científico, cultural, económico, político y ético a nivel nacional y regional”.

Una universidad que se niegue a tener en cuenta a la filosofía está renunciando, por el mismo hecho, al horizonte amplio y al sentido que la universidad debe tener frente a la sociedad. Ella renuncia a enfrentar los problemas más fundamentales del hombre y de la sociedad; ella renuncia a la reflexión crítica sobre los saberes que imparte, a su sentido humano y social; ella renuncia a la herramienta que más puede contribuir al desarrollo de los procesos cognoscitivos de sus estudiantes.

Por último, se debe añadir que todo lo anterior se hace más obligante para una universidad que se define como humanista. Tomás de Aquino, por ejemplo, como humanista que pensó la universidad desde su fundamento, no es un simple nombre, es parte constitutiva de la historia de una intencionalidad que busca su plenitud. En

la explicitación de esta intencionalidad se debe señalar cómo Tomás de Aquino recurre al pensar filosófico para hacer accesible a la razón las exigencias de la fe; cómo, a partir de allí formuló principios fundamentales para que una humanidad cristiana se ordenara económica, social y políticamente; y cómo él nos dio ejemplo acerca del modo de proceder: recuperar críticamente el pasado y pensar el presente para definir el futuro. Nadie como Tomás de Aquino supo apropiarse de su pasado intelectual para asumir no sólo una posición crítica frente a éste y para comprender el presente que le tocó vivir, sino también para crear gérmenes de futuro. El Occidente sólo puede ser comprendido a partir de sus dos fuentes: el pensamiento griego y el pensamiento cristiano, tal como lo comprendió y lo sistematizó Tomás de Aquino: Todo lo nuevo sólo ha sido posible gracias a un desarrollo o a una toma de posición en contra de estas dos fuentes.

Quisiera mencionar, finalmente, algunos puntos que tienen que ver con el acceso al filosofar:

Surge la pregunta: ¿qué debe saber quien aspira a la enseñanza de la filosofía como actividad profesional? Sin duda alguna, en primer lugar, conocer lo que quiere enseñar, estar en capacidad de ofrecer al estudiante las perspectivas de un ulterior desarrollo de la disciplina misma y de sus aplicaciones en la vida cotidiana, saber abrir horizontes de problematización de los problemas humanos, sociales, políticos y científicos que condicionan su diario vivir. De manera especial, tener experiencia en lo que es filosofar: saber leer un texto clásico, contextualizarlo históricamente, delimitar las categorías y las teorías implicadas allí, saber relacionarlas con el presente y con el futuro que puede ser pensado y deseado: ¡esto es saber filosofar!

En segundo lugar, el profesor de filosofía no sólo debe conocer su materia, sino también saber cómo la debe enseñar; por consiguiente, debe tener una adecuada formación pedagógica, lo que implica dominar las técnicas y los métodos didácticos para que los alumnos se apropien del ideal de crear y

recrear por ellos mismos, y, a su nivel, los saberes que hacen parte del contenido de su profesión.

Hemos llamado la atención de cómo la mayor experiencia del filosofar se da en el contacto directo con los textos clásicos del filosofar. Sólo aprendemos a filosofar bajo la tutela de los que realmente han filosofado. Repitamos la frase de Kant: el problema no es aprender filosofía, sino aprender a filosofar. Las clases que se imparten, ya sea a nivel secundario o universitario, deberían ser espacios, no para memorizar lo que pensadores de siglos pasados afirmaron, sino para que sus estudiantes comprendan que el presente que viven responde a los horizontes que los filósofos del pasado abrieron y que su única razón de ser es ampliar esos horizontes para la generación que está en sus manos. Repitamos algo que se ha dicho: el ser hombre es tener que llegar a ser. Una piedra en sí misma es piedra y punto. Si llega a ser cimiento de un edificio, material para un monumento, o algo diferente, eso lo ha decidido el hombre. La piedra no define su futuro. El único ser que define su futuro es el hombre, porque su ser es un tener que llegar a ser.

La invitación es, entonces, a convertir las clases en seminarios. Los seminarios constituyen lo más fundamental desde el punto de vista metodológico de la enseñanza de la filosofía. La idea de que un filósofo –Aristóteles, Tomás, Kant o Marx, por citar algunos nombres– sea el poseedor de la verdad absoluta, es ya una curiosidad histórica. El trabajo filosófico es esencialmente diálogo entre los hombres, y el espacio más apropiado para este diálogo es el seminario en donde una rica participación permite, no sólo la entrega de un saber definitivo, sino la puesta en común de problemas que *no han tenido solución, sin historia*, de recursos metodológicos, de medios de expresión, de técnicas conducentes a precisar la experiencia vivida y la búsqueda de alternativas de solución a los problemas que vitalmente se llegan a delimitar. Los seminarios son los espacios en donde más fácilmente se cumple una de las condiciones fundamentales del filosofar: la necesidad de someter a discusión y crítica todo

punto de vista particular a partir de la conciencia de que somos seres sociales, intersubjetivos, en un mundo que nos es común y dentro del cual, intersubjetivamente y teleológicamente, tenemos que definir no sólo el ser que queremos ser, sino el futuro ser de nuestros hijos biológicos y el de aquellos que el día de mañana dudarán sobre quién fue más importante en su vida: su madre biológica o su maestro.

La mayor satisfacción que he vivido al final de mi vida, ha sido la de escuchar a más de un estudiante que me denomina no como doctor, no como

profesor, sino como maestro. Después de la palabra de Dios Padre, aquella es la palabra más sagrada que todos los idiomas han podido consagrar; para los que somos creyentes, Dios nos creó como seres cuyo ser es un tener que llegar a ser. Maestro es aquel que ha guiado a otros en ese llegar a ser. ¡Qué cosa tan maravillosa!

Quisiera terminar con una frase del colombiano que considero nuestro mayor filósofo, el maestro de Camilo Torres, de Caldas, de Zea, de los Pombos, de Santander, etc.: José Félix De Restrepo: ¡El hombre, he aquí la gran obra de la filosofía!

Bibliografía

ARISTÓTELES (1982). *Metafísica*. Madrid: Gredos; edición trilingüe por Valentín García Yebra. 830 pp.

DIÓGENES, L. (1964). *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Madrid: Aguilar-Col. Crisol Literario. 629 pp.

KANT, E. (1989). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara. 690 pp.

_____. (1967). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada. 133 pp.

_____. (1961). *Crítica del juicio*. Buenos Aires: Losada.

_____. (1978). *Filosofía de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

LEY 115 DE 1994. Por la cual se expide la ley general

de educación. En: <http://www.col.ops-oms.org/juventudes/Situacion/LEGISLACION/EDUCACION/EL11594.HTM>; consultada, 12 de octubre de 2005.

NESTLE, W. (1981). *Historia del espíritu griego*. México: Ariel. P. 379.

PLATÓN (1985). “Apología de Sócrates”. En: *Diálogos I*. Madrid: Gredos-BCG, pp. 137-186. Traducción. J. Colonge.

_____. (1986). “Banquete”. En: *Diálogos*. Madrid: Gredos-BCG.

TOMÁS DE AQUINO. *Opera Omnia. Corpus Thomisticum*. En: <http://www.corpusthomicum.org/iopera.html>; consultado: 12 de octubre de 2005.

ARTÍCULO RECIBIDO EL 25 DE JULIO DE 2005 Y APROBADO EL 7 DE OCTUBRE DE 2005